

7.5.383

378.4 UCO / 110 / LA 2

K 248269

D 248267

UNIVERSIDAD DE CORDOBA

LIBRE ACCESO 2

Acto de investidura  
con el grado de  
Doctor "Honoris Causa"  
a D. Emilio García Gómez



CORDOBA  
13 Mayo 1983

Acto de investidura  
con el grado de  
Doctor Honoris Causa  
a D. Emilio García Gómez

Depósito legal: Co. 685-1983  
Tipografía Artística  
San Alvaro, 1  
Córdoba



El Doctorando en la Mezquita de Córdoba, lugar del Acto Académico.

*Discurso del  
Profesor Cuenca Toribio,  
Padrino del Doctorando*

Excmo. y Magco. Sr. Rector, Excmas. Autoridades académicas, eclesiásticas, civiles y militares, Sres. Claustrales, Sras. y Sres.:

En este marco, acogedor por la costumbre de admirarlo, y sobrecogedor, por el escalofrío de recrearlo, comparezco «ligero y desnudo de equipaje», para la trascendente ocasión que nos congrega. Ni con la imaginación que se atribuye a los hombres que construyeron esta fábrica incomparable pudiera pensar en mis tiempos de estudiante que, un día entre los días, apadrinaría el ingreso de Doctor «Honoris Causa» por la Universidad de Córdoba de uno de los dii maiores de mis desordenadas e incesables lecturas juveniles. Abundando en rememoraciones personales —por las que pido excusas, pero obedecen a exigencias del guión— recuerdo que, en horas de incertidumbres y vacilaciones, como las que entonces atravesaban todos los muchachos —y muchachas...— atraídos genéricamente por las letras pero sin vocación definida por ninguna de sus ramas, llegó a mis manos la reconstrucción del Islam español llevado a cabo por Levi Provençal, colega fraternal de nuestro doctorando. Tras leer una de las páginas más perspicaces y nacaradas que atesora la antología histórico-literaria de la España del siglo XX, la suerte estuvo echada también para aquel adolescente que fue, también, el que os habla... El prólogo colocado por Emilio García Gómez a la obra de su amigo resultaba el mejor ejemplo de cómo sensibilidad y saber podían y debían adunarse para resucitar el pasado en cualesquiera de sus manifestaciones.

Comprenderéis, pues, fácilmente mi honda emoción de esta tarde al expresar el agradecimiento del Alma Mater cordobesa —portavoz aquí y ahora de toda la Andalucía y de la porción más escogida de al-Andalus entera...— al más señero de los arabistas de hodierno por otorgar a una Universidad naciente el honor inestimable de contarle entre sus claustrales. Al incorporarlo, integramos en nuestra institución a una de las corrientes más merecidamente prestigiosas de la ciencia hispana contemporánea, como es la consagrada al estudio del legado

islámico peninsular. En un país como España, de hegemonías intelectuales precarias y discutidas y tan flaco para el elogio como robusto para la restricción y la crítica, el rango egregio de D. Emilio, su calidad de patriarca de todos los arabistas indígenas que en el mundo son y de buena parte de los existentes en los pueblos musulmanes resplandecen nítida y obviamente, sin temor a pronunciamiento o rebeldía algunos. Sus títulos son tan abrumadores como conocidos. Alumno el más favorecido y distinguido en los últimos años del magisterio de otro astro de primera magnitud en la constelación científica española del novecientos —D. Julián Ribera—, discípulo predilecto de una figura —D. Miguel Asín— de audiencia internacional y prestigio immaculado; cofundador con éste de la Revista «Al-Andalus» y creador de la Escuela de Estudios Arabes de Granada; miembro de las Reales Academias de la Historia y de la Lengua —a cuya presidencia puede decirse que ha renunciado por fidelidad a sus convicciones y no acomodar la conducta a los intereses—, Dr. honoris causa por diversas y renombradas Universidades —Burdeos, Argel, El Cairo, Granada, Sevilla—... Y por encima de todo ello —o por debajo, según se mire— un cumplimento modélico de sus tareas profesoriales y un ejercicio señero del oficio de escritor.

Desde el horizonte en que han situado a la Universidad española el tiempo y los avatares es empresa hercúlea imaginar lo que fue la labor de nuestro doctorando en las cátedras granadina y madrileña. Hay, por fortuna, entre nosotros un arabista de fama universal, Manuel Ocaña, que podría dar fe del encandilamiento que las enseñanzas de García Gómez producía —no siempre desde el estrado académico, entonces res sacra— en sus escolares y oyentes. La gavilla anual, nunca extensa ni menos aún masiva, de habraístas e islamólogos formaba un grupo recatado y silente ante un maestro de quien se esperaba —sin defraudar jamás— la buena nueva de la sabiduría, del bien decir y del mejor hacer; como diez siglos atrás se hacía y se practicaba en este mismo recinto y en las calles alledañas, donde hodierno se estacionan, con horrisono y fragoroso estruendo, coches y motocicletas. Guardo, como estímulo y ensueño en las mu-



Desfile de Claustales.

chas horas apesadumbradas que hoy nos depara la corporación universitaria —y perdonad el tono subjetivo de este discurso, que no obedece a la opinión de Stendhal que creía que emplear la primera persona era el camino más corto para ser denso, sino a la modestia obligada por mi equipamiento científico— conservo, digo, muy presente la sensación de orfandad experimentada por una discípula de D. Emilio —actualmente reputada investigadora del ocaseo nazari— ante la larga misión diplomática del Prof. madrileño por diversos lugares de la gran nación árabe. Nunca como entonces advertí la grandeza del magisterio ni valoré lo mucho que de entrañable y positiva encerraba la trayectoria de una Institución a la que todos —con vocación de sepultureros— hemos aplicado el hacha implacable de la descalificación y el desahucio definitivos.

Si en la época presente existe el riesgo y el peligro de la dispersión, en la etapa que presenciara el máximo despliegue de las facultades creadoras del Dr. García Gómez se daba el de la penuria y el raquitismo, más grave, si cabe, que el anteriormente mencionado. Pero la vocación y la pasión intelectual, cuando se fraguan en buen metal, se sobreponen a las contrariedades y convierten en espuela los retos. Ya antes de la contienda civil, la firma del doctorado era muy cotizada por editoriales y público. Tras el retorno de su provechosa estancia como becario en Egipto y en el interregno hasta alcanzar —con 25 años— la cátedra granadina, vino a Córdoba a pronunciar, con motivo del X Centenario de la erección del califato independiente, una deliciosa conferencia, raíz de toda su posterior teoría acerca de la naturaleza, fuentes y caracteres de la poesía arábigoandaluza, como él suele decir. En los primeros años treinta, años como los anteriores verdaderamente aúreos para la cultura nacional, los artículos de García Gómez en «Revista de Occidente», «Cruz y Raya», «Al-Andalus», etc., harán concebir, a intelectuales como Ortega, esperanzas e ilusiones que serían colmadas con creces. Todo estaba en sazón. Erudición, método, rigor, estilo. Sus contactos epistolares, sus conexiones académicas englobaban los meridianos de Europa y del África cultas. Las universidades se disputaban

su presencia; las tertulias, las hervorosas y enriqueedoras tertulias de la preguerra, allí donde campeaba el ingenio de Ortega, de J. M. Cossío, de Xenius, de Ramón, de Federico, le dejaban un sitio de honor, ocupado de modo permanente en las más reducidas, pero igualmente dilectas de las musas y las gracias, de los Cármenes y mansiones de D. Manuel de Falla, de los Rodríguez-Acosta y los Gallego Burín.

El vendaval de la guerra tronchó planes, aplazó quehaceres, aventó ilusiones y arruinó amistades; y allí donde reinaba la libertad y la tolerancia impuso el antagonismo y el recelo y, a veces, el corralismo y la cerrilidad. Sin disputa científica pero frente a zancadillas liliputienses, García Gómez reintegró en los primeros años de la postguerra a una de las cátedras de árabe de la Universidad llamada entonces Central, donde la Providencia le deparó la envidiable fortuna de acompañar en su postrera jornada a su querido maestro, con quien compartía la docencia. A la muerte de éste, sin solicitarlo —«orgullo y modestia» es mezcla humana, suele él decir—, la Real Academia le llevó muy pronto a ella —1945—, abriéndosele antes las puertas de la de la Historia, de la que hoy es el más antiguo. Y entretanto, trabajo y más trabajo. Traducciones de ática perfección, artículos revolucionarios en torno al origen de la lírica española; ensayos varios sobre la lengua, las costumbres, los caminos y los mercados de los hombres que poblaron al-Andalus; monografías impecables, espejo de poder de síntesis y expresión formal; y libros de información oceánica, acuidad sorprendente y cincelada factura. Y a manera de reposo, sabrosas y chispeantes colaboraciones en la prensa diaria desgraciadamente sólo recogidas en vehículos menos perecederos de manera muy parcial y reducida, aunque hoy, tras su elección ayer mismo como premio «Mariano de Cavia», cabe albergar esperanza de que sean colectadas todas prontamente.

Regresado a España tras un dilatado periplo diplomático —Bagdag, Ankara, Kabul—, la Universidad que encontró no era la que él había contribuido

decisivamente a forjar en el culto al esfuerzo en la veneración a los maestros y en el servicio callado y gozoso a la colectividad. **Les lauriers sont coupés.** La máxima prueba de su deshumanización la sufrió D. Emilio el día de su jubilación, simple trámite administrativo para los que entonces regían los destinos de la Universidad Complutense y de la española toda. Afortunadamente halló el contrapunto consolador de su investidura de Dr. honoris causa en las mismas fechas por el Alma Mater granadina, que vistió aquellos días sus galas de la manera única con que allá saben vivir —todavía...— los fastos de la máxima corporación docente.

Por su mediación, Andalucía revalidaba su título de región bien nacida al ofrendar su tributo de reconocimiento a uno de sus amadores más lucidos e indeficientes. D. Emilio ha recorrido, en efecto toda la geografía física y espiritual de nuestra tierra; de manera muy singular la atañente al ancho período del que es primer especialista. No quisiéramos repetir aquí lo escrito en otro lugar para ocasión muy distinta a la que nos reúne. Pero debo recordaros cómo nuestro doctorando ha auscultado todas las vibraciones del Islam español desde que su corazón comenzó a latir hasta su postración en el sangriento crepúsculo nazarí. Al estudioso de la obra del Prof. García Gómez le sorprende cómo éste sobrevuela sobre un campo lleno de tensiones y de polémicas no siempre fecundas. Y así un investigador eximio —Sánchez Albornoz— se ha dolido de su esquivar sobre ciertas tesis de los historiadores; y hasta se ha denunciado por algún sector juvenil y crítico del arabismo actual que bajo la égida de los Beni-Asín se haya olvidado la tradición de los Beni-Codera. Es decir, que el arabismo hispano haya traicionado sus orígenes, los de Gayangos, Codera, Ribera, etc., imantado por el análisis historiográfico, y fertilice preferentemente los campos de la lingüística y la literatura. Por nuestra parte, empero, creemos que el distanciamiento de García Gómez de los palenques de la controversia —y nadie mejor que él, llegada la ocasión, maneja sus armas— obedece a la arraigada idea de que la interpretación del Islam español se ha hecho casi siempre desde

posturas apriorísticas. Ante ello ha preferido seguir el ejemplo de Stendhal frente a la Venus de Nilo describiendo con tino y acribia los jalones esenciales de lo que bien podríamos llamar una historia cultural de al-Andalus.

Probado con hechos —y no ha sido el menor la torcedura de su fuerte imantación por los estudios clásicos— su acendrado amor a todo lo árabe, García Gómez ha descrito los capítulos más importantes del pasado islámico de nuestra Edad Media sin reduccionismos ni hipérbolos, al glosar en su verdadero alcance las creaciones literarias de los que durante ocho siglos fueron en mucha medida nuestros antepasados. No desconoce claro está, las tesis étnicas, antropológicas e incluso religiosas que concurren en la arena de la polémica sobre el papel jugado en la forja de lo que hoy denominamos España por el elemento y la aportación islámicos. Sin devaluar su interés, piensa, no obstante, que tales posiciones conducen a menudo a un callejón sin salida, con escaso progreso en orden a un avance efectivo de la comprensión de aquel ayer. Por otra parte el prestigio científico y la altura moral de los contendientes —Menéndez Pidal, el ya citado Sánchez Albornoz, Américo Castro, etc.—, convierte en más áspero y desapacible su inmersión en ella. García Gómez parte del postulado de la diferencia sustancial de las dos grandes comunidades que protagonizaron el período medieval, aunque en este barrio de la Judería cordobesa no podemos ni queremos olvidar la huella hebrea. La cuantía demográfica de los vencedores de los visigodos pudo ser escasa y la permanencia del poso cultural precedente y de la misma población autóctona pudo ser igualmente grande y hasta incólume en algunos aspectos. Pero que una y otra España respondían a cosmovisiones opuestas desde ningún otro mirador se observa mejor que en el que privilegiadamente estamos. Entre Cangas de Onís y esta Mezquita no es solamente el marco artístico lo diferencial, sino también, y acaso en mayor proporción, el mental, el sustrato ideológico del que una y otra fueron expresión.

Esforcémonos por comprender, con catarsis y ascesis, única receta hasta ahora inventada para lograrlo, ambos escenarios y ambas colectividades, porción



El Padrino del Doctorando, Prof. Cuenca Toribio, pronunciando el elogio.

irrenunciable y muchas veces gloriosa de nuestra historia, tejida en un solo bastidor, pero con un cañamazo en el que el tiempo ha predominado sobre ningún otro factor. Corrientes de distintos hontanares étnicos y geográficos tras mezclar muchas veces sus aguas captadas en ocasiones por capas freáticas muy permeables y porosas, vienen a desembocar por fin en la patria llamada España, uno de cuyos florones más esplendentes y entrañables reconocemos como Andalucía. Como dijera D. Miguel de Unamuno: «Todo individuo que en un pueblo conspira a romper la unidad y la continuidad espirituales de ese pueblo, tiende a destruirlo y destruirse como parte de ese pueblo. ¿Qué tal otro pueblo es mejor?. Perfectamente, aunque no entendemos bien que es eso de mejor o peor. ¿Qué es más rico?. Concedido. ¿Qué es más culto?. Concedido también. ¿Qué vive más feliz?. Esto ya... pero, en fin, ¡pase!. ¿Qué vence, eso que llaman vencer, mientras nosotros somos vencidos?. Enhorabuena. Todo eso está bien, pero es otro. Y basta. Porque para mí, el hacerme otro, rompiendo la unidad y la continuidad de mi vida, es dejar de ser el que soy, es decir, es sencillamente dejar de ser. Y esto no: ¡todo antes que esto!».

Pero a fuer de sinceros se ha de reconocer que las hermosas palabras unamunianas no siempre se han suscrito con relación al período que referenciamos. La más perniciosa de las siete pestes bíblicas que ha padecido en tiempos recientes la vida intelectual española radica, sin duda, en la manipulación de los autores con el objeto de hacerles afirmar lo que nunca aseveraron y en antologizar zonas singulares de su pensamiento, relegando sistemáticamente su porción total a las tinieblas exteriores. Se aplauden así las ideas pedagógicas y sociales de Juan de Mairena, pero se olvida, v. gr., la postura de su creador ante el fenómeno del andalucismo. Los ejemplos podían llenar holgados cuencos. Lo sucedido con D. Manuel Azaña resulta paradigmático. Avanzado —desde una indesmentible óptica burguesa— en todos los frentes del combate por la modernización del Estado —él siempre decía España...—, fiel a una concepción organicista y biológica de la nación —pese a momentáneas tentaciones ruptu-

ristas— mantuvo, sin embargo, con relación a nuestro tema una posición ahistórica y reluctante. El período islámico era la excrecencia de lo español; la herencia que había de olvidarse si el país quería homologarse con los de la Europa occidental: «Los hombres de mi generación —escribía— habíamos esperado —esperanza huera— vernos libres de la morería. Metido en su arca de tres llaves el cadáver del Cid; tachado de apócrifo el testamento de Isabel la Católica; en decadencia el orientalismo romántico, lícito era el regocijo de pensar que el africano no volvería a entorpecer el discurso natural de nuestras vidas, ni a embarullarnos el trabajo ni a corrompernos el gusto, como solía en estos doce siglos últimos. ¡Al Rastro las cimitarras, los alfanjes, los añales, donde podrían adquirírlos a bajo precio los rimadores verbosos! No más almaífas ni almaizares, ni marlotas y alquiceles; no más sultanas sensuales, ni más Leilas de ojazos profundos, ni otros rípios sarracenos. Tras de los bandidos y arrieros iríase el moro imaginario que los cursis ven aún vagando en la plaza de cada pueblo andaluz: el moro caballeresco, sentimental, tañedor (el moro de Irving), que exhala ternezas al pie de un torreón; y el moro sediento de sangre, fanático islamita, con que atemorizan a sus ovejas los obispos belicosos. No más cruzadas, no más triunfos sobre la media luna; acabáronse los arrebatos, la gritería, las membranzas de las Navas y el Salado. Aunque el Estrecho —nos decíamos— sea breve reparo, por pronto que la furia española rescucite y queramos pasar allá nuestros pendones, ya los moros usarán chaquet y perilla y tendrán escuelas laicas. Quedaremos, una vez más, lastimados en nuestro derecho, ejecutados en la honra; pero la epopeya de la Reconquista —con este su reato dañino— habrá concluido. No oyendo el galopar de la morisma, pensáramos que, al fin, podría hacerse en la Península algo serio: labrar, fabricar, leer en buenos libros, allanar las cuestas, cultivar con curiosidad los jardines...».

Por fortuna la siembra azañista no creció en este terreno y hoy se nos aparece como una muestra de aquellos *boutades* con que, según el antecitado rector salmantino, D. Manuel buscaba, conforme a su verdadera y última vo-

cación de escritor, lectores para sus preteridas obras, aunque no por ello se debe descalificar su testimonio —no solitario— como probativo cuando menos de la complejidad de las cuestiones atañeradas al carácter y psicología de los pueblos.

Volviendo —ya por muy poco tiempo— al nuestro se ha de constatar siquiera sea para mensurar mejor las hazañas —en sentido saavedriano— del doctorado que, por lo demás es mucho lo que aún desconocemos de al-Andalus. Apenas si sabemos nada de su Derecho; no es demasiado lo aquilatado en punto a su textura administrativa; no puede transitarse por camino real en su modelo y estructuras económicas. La derrota que conducirá a un esclarecimiento global de la etapa de que hablamos es la seguida por D. Emilio y sus maestros y discípulos, cuya divisa ha sido el apotegma de los clásicos «Multum, sed non multa». Especialización digna de este nombre, investigación benedictina oreada por los aires del presente, pero tapiada a las corrientes nacidas fuera del área de la ciencia. Y así en un plazo no muy largo se entrojará la cosecha deseada por todos. Será entonces la ocasión propicia para valorar y agradecer tareas tan acabadas y completas como las de nuestro doctorado.

Por imperativos obvios de su cronología la Universidad de Córdoba no ha podido ser pionera en la manifestación de esta gratitud, ofrecida hoy con calor y sinceridad. Cuando por las cuatro esquinas de la nación se proclama como talismán regenerador la búsqueda de raíces de la identidad colectiva, se cometería un delito de lesa zafiedad e inconsciencia el dejar de enaltecer uno de los esfuerzos más logrados y desprendidos en orden al esclarecimiento de las nuestras. Perdidas por incuria propia y desidia de una comunidad amorfa e impermeable a los frutos del espíritu, la mayor parte de sus funciones sociales, la Universidad no deberá renunciar a ser la más alta instancia sancionadora de los valores y servicios intelectuales. Investida, por derecho propio e indiscutible, de tan elevada y noble función, la de Córdoba justiprecia en este ins-

tante con los pronunciamientos más encomiásticos un afán y una pasión —ésta útil— de medio siglo por realizar el diálogo entre dos civilizaciones sobre las bases firmes de la ciencia. De ahí que los que integramos esta **Alma Mater** cordobesa sintamos que nuestra andadura se tonifica con la compañía y el magisterio de personalidades como la que hoy recibimos. Que su presencia sea, **ad multos annos**, tan asidua y estimulante como todos queremos en este instante, en el que la alegría, esa gran ausente de las aulas y claustros de la Universidad española, inunda hoy la nuestra. Muchas gracias.